

DOMINGO XII DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Jeremías 20, 10-13): *El Señor es mi fuerte defensor.*

Salmo (68, 8-10.14 y 17.33-35) «*Señor, que me escuche tu gran bondad*»

2ª lectura (Romanos 5, 12-15): *No hay proporción entre el delito y el don.*

Evangelio (Mateo 10, 26-33): *Por eso, no tengáis miedo.*

El texto del evangelio de hoy está enmarcado en el conocido como “*discurso de misión*” donde Jesús, después de enviarles a realizar la misión, les anuncia las vicisitudes con las que se van a encontrar y cómo situarse ante ellas. Después de las primeras indicaciones, Jesús anima a los discípulos: «*No tengáis miedo*» y se lo repite varias veces, consciente de que lo que les está pidiendo en el cumplimiento de su misión puede asustarlos. El fundamento de ese ánimo les recuerda que está en manos de Dios Padre. La radicalidad del seguimiento a Jesús en la misión que nos encomienda es una dinámica permanente. Es un peligro y dificultad confundir la radicalidad evangélica con cierto perfeccionismo moralista. Necesitamos objetivar los deberes, exigencias, cumplimientos, grados de perfección. Quien no se ha liberado de esto, todavía está bajo la ley. A base de insistir en humanizar, al final creemos que todo consiste en la autorrealización.

Manejamos con frecuencia el criterio de “*estar a gusto*” en nuestra vida y nuestra pastoral. No es un criterio evangélico. La fe es un intento de comprender la relación entre presupuestos humanos y la llamada al seguimiento. Lo queremos todo: una afectividad escatológica, y las espaldas y la vivencia afectiva bien guardadas; ser pobres y que no nos falte nada; vivir la vida sin rupturas, pero donde no hay rupturas no puede haber nuevos niveles de libertad. A los nuevos niveles de vida espiritual no se accede sin rupturas.

Toda radicalidad se concentra en el amor. El amor siempre es radical, y no sabe vivirse a él mismo si no es radicalmente, aunque no siempre lo parece. No tiene forma. El amor se realiza radicalmente en cualquier forma, en una choza y en un palacio, en un convento clásico y en el tercer mundo en medio de gente desarrapada. El amor de Jesús, síntesis prodigiosa, nace de aquí: le lleva a la comprensión total, y a las exigencias totales; y es terrible cuando se trata de pedir a los discípulos el seguimiento, por encima del sagrado deber de enterrar al propio padre. El amor es siempre una realidad nunca sistematizable. Esa síntesis es el gran criterio de la radicalidad evangélica. Y cuando amamos así, la vida está fundamentada en la alegría del Espíritu Santo, no en la carcajada fácil.

Ponernos de la parte de Dios, no temer los ataques de los que intentan derrocarlo su trono, saber que Él es el Juez supremo, el único capaz de emitir un juicio justo y a quien corresponde ejecutar la sentencia irrevocable, es una forma de garantizar nuestra vida. Una vida abocada a la muerte restringe mucho su sentido y genera una desazón interior que invita a huir de la realidad cuando no intenta dar sentido al sinsentido mediante la clásica expresión de “*todo vale*”.

No. En la vida todo no tiene el mismo valor; incluso hay acontecimientos y circunstancias que devalúan la existencia humana, a menos que el ser humano afronte esas realidades tomando la rienda de su vida y la oriente hacia el norte que marca el verdadero sentido de la vida. La Palabra de Dios ha manifestado al ser humano cuál es el horizonte que orienta e ilumina los pasos del hombre creado a imagen y semejanza de Dios.

Jesús de Nazaret amanece en la historia como esa luz orientadora que dará de nuevo sentido a la vida. En las tinieblas de la noche, en esa oscuridad que envuelve a todo aquel que se aleja o cierra sus ojos ante tanta luz, no hay horizonte de vida, no hay esperanza de un amanecer al que se le ha dado la espalda. En esa decisión personal e insustituible, ni siquiera Dios decide anulando nuestra libertad, el ser humano ha de tomar partido; delante de él tiene la vida y la muerte, el camino del bien y su desvío. Esa es la gran responsabilidad que brota de ese beneficio enorme que es la libertad con la que Dios nos creó.

El camino del bien es el camino de la verdad, es el camino de la vida, es el camino, la orientación que Dios brindó al ser humano cuando lo creó. Al colocarle en la cúspide de la creación, según el relato de la creación, la vida como participación de la vida de Dios. La pérdida de ese don se debió a una decisión personal, al mal uso de la libertad que se le concedió para que ejerciese su dominio y no para que entregase su voluntad a quien se le presentó como un asesor de la mentira.

Víctima de este engaño original, que desorientó a Adán y su descendencia, la humanidad no perdió definitivamente el favor de Dios a pesar de haber rechazado el don que Dios le brindaba, el don de la vida. A pesar de sufrir la humanidad las consecuencias de esa falta original de responsabilidad. Dios asumió esas consecuencias y se decantó en favor del hombre brindándole una nueva oportunidad: un nuevo Adán, inaugurará una nueva creación en la que el ser humano alcance la dignidad de hijo de Dios.

En esta nueva oportunidad, nueva alianza, Cristo nos enseña que hay que estar de su parte para conseguir que nuestra causa, nuestra vida, nuestra existencia entera, no sea una causa perdida para siempre, una causa de muerte definitiva. No olvidemos que también Jesús respeta nuestra libertad; es más, nos instala en ella, liberándonos con su muerte y resurrección de la esclavitud del pecado. Por todo ello solo podemos decir: “*Señor, en Ti confío*”.